YO..., LO QUE HAGA FALTA

Francisco Miguel Cubero Lorón

Capítulo 1

Yo..., lo que haga falta

Manuel Cantero (Manolo, para todo el mundo), estaba desesperado porque llevaba tres años tratando de encontrar un trabajo aunque no fuera de lo suyo, pero no había manera a pesar de los currículos que iba dejando por todas las empresas que veía, solicitaran mano de obra, o no. "Lo suyo" fue, de albañil, como su padre. A los 16 años, abandonó los estudios e hizo un curso de dos años de F.P. de "Técnico de Construcción" (o "un puto albañil", como él decía) y cuando lo acabó, se enroló en una profesión que iba como una loca rumbo a la burbuja inmobiliaria, algo que aún estaba por definir así, ya que todo el mundo entendía que era, simplemente, que España se salía de puro guapa. Y la velocidad de aquél bólido económico se iba animando, sin que los diferentes conductores que lo manejaban se atrevieran a tocar el freno, desbordando de empleo como estaba el país hasta en los peores páramos, y una alegría general que inflaba el pecho del gobernante de turno.

Así que Manolo, fue escalando el mundo poniendo ladrillos y en cada empresa por la que pasaba, su salario era mayor que en la anterior; y comenzó a saborear la vida, con una economía desahogada para sus necesidades, hasta que se echó una novia formal que le domó sus inquietudes por los gozos de la existencia. Y en una de las obras en las que levantaba paredes y echaba suelos, se compraron sobre plano uno de los pisos. Donde no les llegaron los ahorros no acumulados, llegó el banco, y se embarcaron en una deuda casi vitalicia a 35 años, con la verdad revelada de que, ésta, iría bajando con el paso del tiempo, a la par que el valor de lo adquirido iría subiendo.

Para darles la razón a los que vendían y financiaban, inversores con dinero propio o ajeno, seguían comprando pisos y más pisos, porque al pedal del acelerador, aún le quedaba recorrido hasta hacer tope en la chapa del reposapiés del bólido.

Y se casaron, con viaje al Caribe incluido, tuvieron hijos, coche, préstamo de coche y vacaciones anuales en Salou..., hasta que la pompa jabonosa hecha del mismo barro cocido que los ladrillos, estalló, llevándose por delante ilusiones, valores de mercado, tasaciones, garantías hipotecarias, puestos de trabajo, y hasta los mismos pisos adquiridos en medio del ojo del huracán que tiene en su mismo centro, la mirada en calma. Y en mitad de los cascotes de todos aquellos sueños, sólo las deudas contraídas se mantenían en pie.

Era el año del Señor, 2009, que Manolo, con 33 años, una esposa, dos hijos pequeños y los dos préstamos cuyas cuotas caían puntuales cada mes, ajenas a la crisis..., se quedó en paro. No había que asustarse porque era algo pasajero, decía el gobierno para no echar más leña al fuego, dado que la economía era "un estado de ánimo" y como tal, sujeta a ciclos. Algo así como que al invierno le seguirá la primavera..., baje Cristo del Cielo.

Dos años de subsidio de desempleo por delante, era tiempo más que suficiente para que la primavera económica hiciera acto de presencia, a su debido tiempo. Pero pasaron los dos años y el invierno seguía siendo el dueño del baile. El subsidio se agotó y, ahora, estaba Manolo comiéndose los últimos trozos de carne de la ayuda familiar a parados de larga duración y, con ésta, más lo que Amparo, su mujer, sacaba de limpiar casas ajenas, se iban apañando para vivir.

Y ahí estaba Manolo, sentado en una de las sillas de la E.T.T. "Easyjob", esperando para que le explicaran, qué era esa oferta de trabajo que le iban a proponer. Lo tenía claro: él... lo que hiciera falta. Y el numerito que llevaba en su ticket, apareció en la pantalla, y se dirigió al puesto 5.

- "Pues se trata, Sr. Cantero, de venta de libros a comisión, según dice la oferta. Y por las que yo he visto, es de las de más alta retribución; así que, en ese aspecto, estaría Vd. de enhorabuena, si le conviene el resto de condiciones", dijo la joven que le atendía.

- "Bueno, no es de lo mío, ya lo sabe, pero en estos momentos no estoy para elegir y, como ya dije cuando me inscribí aquí, que lo que hiciera falta"

- "Claro, ya me lo imagino. Bueno, aquí tiene la documentación que debe de presentar, con los datos de la empresa a la que tiene que ir mañana, a las 11 h. A ver si tiene suerte y llegan a un acuerdo".

Manolo, se despidió de la empleada y se dirigió a casa con la esperanza de que aquello fuera la solución de sus penalidades, que no sólo afectaban a lo económico, sino también a la relación con Amparo, que se les había ido deteriorando por las tensiones originadas en el descenso paulatino de sus ingresos.

- "Toma, Manolo, ponte este traje para la entrevista, con esta camisa y esta corbata, porque ese trabajo está relacionado con la cultura, y no vas a presentarte con el chándal de todos los días. Lo que no sé es cómo te vendrá, que no te lo pones desde la boda de mi prima, y han pasado cinco años", le dijo Amparo, porque su marido, para esto de los detalles no tenía buen ojo. "Y date prisa, que son las 10, ya".

Manolo cantaba un montón embutido en aquél traje, con el que "no me veo", como pensaba al mirarse en el espejo. Pero bueno, todo fuera por dar buena imagen en la entrevista. La verdad es que los libros y él, a lo largo de su vida, nunca se habían llevado bien. Ni mal, porque no se hablaban. Y, paradojas de la vida, suponía que ahora debería convencer a los demás, de las bondades de la lectura. Y en estas reflexiones, salió de casa rumbo a lo desconocido.

- "Enciclopedias Martínez": aquí es", pensó Manolo al leer el rótulo de la nave, cuando llegó. Al entrar en ella, ascendió por las escaleras metálicas adosadas a la pared y que llegaban hasta una oficina de pequeño tamaño, donde un hombre algo más mayor que él, estaba tras una mesa. Tocó con los nudillos el cristal de la puerta y el hombre le indicó con la mano, que entrara. Era el Sr. Martínez, propietario y gerente de la empresa. Se saludaron y, enseguida, pasó a comentarle a Manolo, qué se requería.

- "Pues sí, como le han explicado en la E.T.T., se trata de vender libros, concretamente 400 colecciones que nos hemos adjudicado en una subasta, procedentes de una editora en quiebra y que son las obras completas de dos cracks de la filosofía moderna..., la de a caballo entre los siglos XVIII y XIX . Le aclaro fechas, para que ubique el momento en que fueron escritas: la Ilustración..., el idealismo alemán..., y todo eso..., Vd. ya me entiende. Y no son otros que Immanuel Kant y Arthur Schopenhauer, que ya los habrá oído nombrar, o leído algo de ellos, imagino", le comentó el Sr. Martínez, a Manolo.

- "S... sí, me suenan..., sí...", afirmando Manolo sin ningún convencimiento, y de quienes no había oído hablar en su vida.

- "Bueno, pues sigo", y el Sr. Martínez cogió uno de los tomos para enseñárselo a Manolo, quien intentaba no perderse nada de lo que le hablaba el dueño, quien continuó: "Mire la calidad de la encuadernación (y golpeó la tapa un par de veces, con la palma de su mano): símil-piel con filigranas en pan de oro, y... toque..., toque... el papel. Papel couché 100%", y se le quedó mirando como diciendo... "¿qué le parece, Sr. Cantero?".

Manolo entendió la mirada y le dijo: "No, si ya se ve que es bueno..., ya. Pero... ¿serán caros..., no?"

- "¿Caros...? Caros..., dice: ¡15€! ¿Es caro..., 15€?", le desafió con la mirada. "Pero si 15€ es lo que te cobran por un café, en cualquier puticlub de mala muerte, Manolo, si se me permite ahora que estamos, ya, en confianza. ¿Qué son 15€ para una obra que es el no va más de la filosofía, donde lo que Kant inicia, Schopenhauer lo remata? Y no lo digo yo, que lo pone en la contraportada: con mejores palabras que las mías, pero lo pone. Aquí, mire", y le señalaba con el dedo un párrafo escrito por un afamado catedrático, como orientación al comprador de la obra.

"Manolo..., 20 volúmenes en símil-piel, por 15€... ¿quién le puede rechazar esta oferta?"

- "¿Sólo 15€?", preguntó incrédulo, Manolo.

- "Al mes. 15€..., al mes. ¿es, o no es un regalo?", terminó con una pregunta que tenía más, de sentencia firme, que de pregunta.

- "Pero..., y en total... ¿cuánto tiene que pagar el comprador?", insistía Manolo, por hacerse una composición de lugar.

- "Aayyy..., Manolo..., Manolo..., se entretiene Vd. en los pequeños detalles sin importancia, cuando a su cliente sólo le va a importar lo que restará de sus ingresos mensuales, el adquirir la obra: 15-putos-euros. Un ejemplo: Antonio, pensionista, con inquietudes. Importe de su pensión: 3.000€ al mes. Compra una colección (ya no digo, dos, ni tres: una). ¿Cuánto le queda para vivir ese mes, disfrutando de la obra?: 2.985€. No creo que se muera de hambre por eso, vamos, digo yo", acabó el razonamiento, con los nervios ya un poco a flor de piel, con tanta reticencia por parte de Manolo.

- "Ahí, le doy la razón, Sr. Martínez, que es que son cuatro perras. Y el papel..., que se ve bueno", dijo un Manolo autoconvencido.

- "Pasemos al plan de acción: cliente objetivo, pensionistas de zonas rurales, a más de 50 kms. de la población grande más cercana. Sin internet ni redes sociales que tanto daño hacen a la lectura. Y que deseen sentir el papel y la textura del símil-piel, cuando tengan estos libros, entre sus manos. Gente que se haga preguntas, gente inquieta: ¿quiénes somos?, ¿de dónde venimos?, ¿a dónde vamos? Personas que han encontrado la calma en sus vidas y necesitan urgentemente dar respuesta a las preguntas que nunca se habían atrevido a plantear. Bueno, Vd. ya me entiende lo que le quiero decir ¿no?. Y que tendrán sus nietos, estudiantes, que cuando vayan a verles, podrán consultar los textos de estos dos grandes genios. ¡Ah!, imprescindible: mueble comedor donde ellos puedan exhibir los 20 volúmenes de esta obra, con lomos en filigrana dorada, que lucirán con orgullo ante las vecinas cuando vengan a su casa de visita. ¿Lo va pillando, Manolo?", finalizando la exposición con esa pregunta.

Manolo, veía clara la estrategia del Sr. Martínez: "un artista de las ventas", pensó. Cómo atacaba los flancos débiles del enemigo, golpeándole sin piedad, hasta la rendición total con la firma del contrato de compra, y que sólo les obligaba a 15€ al mes. Una nimiedad.

- "Se va Vd. a forrar, Manolo, aunque eso no sea lo más importante para Vd., cuando de lo que se trata es de distribuir cultura por el mundo y poner la filosofía, al alcance de cualquier bolsillo. Nada de que, como

hasta ahora, sólo estuviera al alcance de los poderosos, el gran capital..., o de las elites académicas. Mire lo que vamos a hacer: se me va a llevar 10 colecciones y, mañana, o pasado, cuando las haya vendido, vuelva a por más, y hablamos de sus emolumentos. Bueno, a no ser que tenga que ser esto, tratado ahora mismo, como si Vd. y yo, no tuviéramos mejor cosa que hacer", y dejó claro que la conversación había llegado a su fin.

Y no habiendo más temas de tratar, se levantó aquella sesión. Así pues, se despidieron los dos hombres, mientras Manolo cargaba en su coche el primer lote de 10 colecciones. El Sr. Martínez, levantó el pulgar de su mano derecha, le dirigió un guiño cómplice a Manolo y le dijo, condescendiente:

- "Mañana, o pasado a más tardar, le quiero aquí, con ese maletero vacío, y 10 contratos firmados, de otros tantos clientes satisfechos. El país está dejando atrás la crisis, y..., a cabalgar de nuevo sobre la prosperidad. Como decía mi abuelo: "No hay puta, pobre", y perdón por la expresión. Hubiera querido decir el hombre que ahí afuera, habrá muchos pensionistas deseando consumir y que, Manuel Cantero, el hombre fuerte de "Enciclopedias Martínez", llamará en esas puertas. El mundo será suyo, si lo tiene agarrado por los pitos, Manolo", y cerró su discurso épico, con un vulgarismo informal, pero didáctico.

Vuelto a casa, le explicó a su mujer lo que había pasado en eso que parecía ya un trabajo seguro, aunque no había querido entrar en el tema de la remuneración, para no parecer una persona interesada sólo en el dinero. Le daba buena espina el Sr. Martínez, por su compromiso empresarial con la cultura y sabía que no le defraudaría con lo de su retribución. Amparo, le miró primero a los ojos, siguió por el traje aquél embutido en su cuerpo, la corbata que le asfixiaba su cuello de toro gordo..., y no pudo evitar decirle:

- "Manolo: cuánto mejor no estarías, en un andamio. Andánda... Kant y Schopen... ¿qué...?"; y, dando un suspiro moviendo su cabeza a los lados, siguió haciendo el sofrito mientras los chicos terminaban sus deberes en la mesa de la cocina. Una sonrisa de orgullo, se le dibujó a Manolo en su cara cuando vio que Amparo y él, eran una piña en este negocio. Porque se veía a las claras que iba a ser eso: un negociazo. Y ya sabía lo que le quería regalar a ella con los primeros beneficios: una Thermomix.

Y el día siguiente llegó luminoso, como un presagio feliz. Y mientras se comía el bocadillo de panceta para desayunar, se puso a examinar el mapa de la zona a batir.

- "Éste: La Puebla de Ajofar". Comprobó en la Wikipedia que tenía una población de 68 habitantes (censo de 2011). Cereales de secano, trigo y cebada. Algo de viñedo. Ganadería ovina y porcina. De interés turístico: el castillo de los Condes de Ajofar: en ruinas, eso sí. Altitud sobre el nivel del

mar: 780 mts. Por ahí iba a comenzar su nueva andadura. Y dándole un gran bocado al pan macerado en la propia grasa del relleno, pensaba: "A tomar pol culo los andamios".

En una hora de su coche, se presentó allí, trajeado, con su maletín donde llevaba el block de los contratos, los folletos de propaganda de la obra y un libro para enseñar. En el maletero, 5 colecciones sólo, porque para el primer día, sería suficientes. Al día siguiente, si eso, seguiría con las otras 5, porque ya sabía cómo eran los empresarios, que si vendías 10 colecciones en un sólo día, al día siguiente, querrían 20. Anda, que no les había hecho la pirula a sus jefes, en las obras, en cuanto se daban la vuelta. Aunque esto de ahora, en que sólo iba a comisión, sería distinto. Aquí era, él, su propio jefe.

El pueblo, estaba desierto y eso que eran casi las 11 de la mañana. Dio una vuelta con el coche y allá, al final de esa calle en la que estaba, vio a una señora mayor, que estaba barriendo el portal de la que sería su casa. Y para allá que se fue.

- "Buenos días, señora..., parece que hace buena mañana, hoy ¿eh?", dijo por romper el hielo.

- "Bueno lo tenemos, sí. Vd. es forastero, ¿no?, porque no lo tengo visto por aqui. ¿Es del banco?", dijo la señora.

- "Pues no..., no...", siguió él.

- "Vendedor", afirmó ella.

- "S... sí... y, no", dudó él, viéndose pillado en sus intenciones.

- "¿Y qué vende?", siguió la señora, sin hacerle caso a su contestación.

- "Si no le importa, me gustaría pasar a su casa y explicarle bien esto que llevo que más que vender es, regalar. ¿Tiene Vd. nietos?", dijo Manolo.

- "Sí, y muy estudiosos. Los pequeños; que los mayores ya me trabajan todos. Pero viven con sus padres, en la capital. Aquí, vienen más, para el verano y eso. Este pueblo ya no es para los jovénes ¿sabe Vd.? Ni bar tenemos, porque vamos quedando muy pocos, y todos pensionistas. Nos aburrimos más que las lechugas del huerto".

A Manolo, se le hacía la boca agua, porque aquella señora y los 67 vecinos restantes (si todos seguían viviendo, desde 2011), era clientes potenciales, "de manual", según los había descrito el Sr. Martínez.

- "Su nombre, era...", preguntó Manolo.

- "Benita, por parte de mi abuela materna, para servirle. ¿Y el suyo?", continuó ella.

- "Perdón, sí, Manuel; pero llámeme Manolo, como me llama todo el mundo", dijo un poco azorado por no haberse presentado desde el principio.

- "Ese traje le queda pequeño. Y... ¿no le da calor la corbata tan apretada, con el día que hace? Ahora, el de la Caja, cuando viene, ya no trae corbata: es que es muy rocero. Tú por tú, con todos. Los jueves, viene todas las semanas y nos atiende aquí, en casa de esa vecina de ahí. Pero dice que dentro de poco, que sólo vendrá una vez al mes, por reducir gastos. Al final, no sabremos ni en qué gastar el dinero", termino Benita.

- "Pues a eso venía yo, a ver si tiene 15€ para gastar. ¿Podemos pasar, adentro?". Manolo tenía claro que ella iba a ser, la primera clienta.

Qué más quería Benita, que tener a alguien con quien conversar, y entraron. Y si venía a venderle algo, seguro que llevaría algún obsequio de propaganda. Y acertó, porque a modo de presentación, Manolo, sacó un par de bolígrafos rotulados con lo de "Enciclopedias Martínez", así, en pequeñito, sobre el lomo de cada bolígrafo. Y también sacó, los folletos, el block de contratos y el libro de enseñar.

- "Tiene Vd., Benita, una casa muy bien arreglada y qué mueble de comedor tan hermoso: muy adecuado para lo que yo le voy a hablar. ¿Ha oído hablar de Can y de Sopenjagüer?", dijo como la cosa más natural del mundo.

- "Pues no señor no. A mí, me saca del "Sálvame", y no veo otros programas. Es de lo que nos gusta hablar, cuando nos juntamos las vecinas. Qué son..., ¿actores? Perdón, Manolo... ¿sólo tiene bolígrafos, de propaganda? Es, por si tenía llaveros, o agendas, que me gusta tener una de cada año. No se usan para nada pero..., no sé, siempre pueden venir bien, no sé si me explico", acabó la señora.

- "Me ha caído Vd. bien, Benita. Voy a hacer una excepción, porque el regalo que le voy a hacer, es para cuando cerramos el trato pero, en su caso y, como se dice, sin que sirva de precedente..., le voy a obsequiar para su esposo, con un frasco de Varón Dandy, para después del afeitado. Producto español-español..., ya lo sabrá Vd.", y puso la caja de la loción de afeitado sobre la mesa, y la empujó con un dedo, hasta donde Benita estaba sentada. Ella, lo cogió, no dijo nada, y lo guardó en un cajón del mueble aquél que esperaba ansioso las obras completas de aquellos dos

filósofos. Manolo, tosió un poco para aclarar la voz y le dijo:

- "Bueno, Benita, mire qué libro, que es uno de los que se compone la colección de 20 (y golpeó con la palma de la mano, sobre la textura símil-piel de las tapas) y que son las obras completas de dos figuras de la filosofía moderna: Can y Sopenjagüer, dos eminen..."

- "Los dos de antes ¿no?", le interrumpió Benita.

- "Sí, los mismos. Pues eso, que dos eminencias de la filosofía, que no deben de faltar en ninguna casa. Y no, dos o tres obras de cada uno, no..., que eso, ya lo dan otras editoriales. Nosotros, "Enciclopedias Martínez", no: obras completas. Y toque..., toque las hojas: papel guché..."

- "Dirá, couché, como el de los fascículos de cocina que tengo yo", le corrigió Benita.

- "Sí, eso, couché quería decir...", se disculpó Manolo.

- "¿Y se pueden meter en la lavadora?", le preguntó la mujer.

- "P... pues, n... no sé, supongo que sí. Ya lo consultaré. Pero vamos, mire Vd. la obra, échele una ojeada a cualquiera de los capítulos y se dará cuenta de que merece la pena de leerse, Vd. que tiene tiempo; y encontrará respuesta a muchas de las preguntas que todos nos hacemos: que ¿cuándo nos vamos?, ¿porqué venimos?, ¿cuál es el camino más corto...?, bueno, ya sabe lo que quiero decir...", perdido Manolo en la inconsistencia del ser humano.

- "Pues mi cuñada, se quiso hacer un viaje esta primavera, con lo del Imserso, y le dijeron que los habían quitado por lo de la crisis. ¿Ya se puede uno apuntar, otra vez? Por decírselo a la moza".

- "Bueno, eso, ya se lo consultaré también. Ahora, abra el libro por cualquiera de las obras... por ejemplo... ésta: "Crítica a la razón pura" y lea cualquier párrafo y dígame si tiene miga, o no tiene miga lo que D. Immanuel Can, decía". Y le puso el don, a Kant, por darle más realce al autor.

Benita, puso el dedo en uno de sus párrafos, y leyó, despacio: "En la metafísica se puede hacer un ensayo semejante, por lo que se refiere a la intuición de los objetos. Si la intuición tuviera que regirse por la constitución de los objetos, no comprendo cómo se pueda a priori saber algo de ella. ¿Rígese empero el objeto (como objeto de los sentidos) por la constitución de nuestra facultad de intuición?, entonces puedo muy bien

representarme esa posibilidad". Terminó la lectura y le dijo a Manolo:

- "No me gusta".

- "P... pero ¿porqué?, s... si está más claro que el agua...", que ya veía perdida toda la operación.

- "No tiene fotos. En los fascículos de cocina, hay fotos y se comprenden mejor las cosas", sentenció con rotundidad.

Ahí sí que le había dado porque Manolo también le veía ese defecto a la colección. Pero nada que no se pudiera solucionar, con una explicación razonable, si él se lo leía y le daba su opinión sobre el párrafo. "Vd. debe orientar al comprador, pues va a ser su asesor cultural durante la venta", recordó que le había dicho el Sr. Martínez.

- "Yo le explico, Benita, permítame...", le dijo. Y tomando el libro, releyó el párrafo aquél: "En la metafísica se puede... sssss.... la intuición... sssss... representarme esa posibilidad". Se rascó la cabeza, y dijo: "Bueno, esto viene a decir que, pues eso, que la metafísica, pues que es lo que tiene, que hay que tener intuición. Y también, que hay que comprender el contexto del trozo éste. No digo que una foto a todo color, de la metafísica ésa, no sería una ayuda al lector, pero tampoco es tan importante, me parece a mí". Y no sabiendo cómo salir del atolladero, se levantó y colocó el libro, sobre una de las estantería casi vacías, del mueble del comedor.

- "¿Qué le parece. Hace elegante, o no hace elegante?". Y Benita, movió la cabeza, como dudando de si quedaba bien el color del lomo del libro, con el tono del mueble. Manolo, para salir del impasse, acudió a alabar la casa y sus adornos, como un todo al que los 20 volúmenes, acrecentaría.

- "Y todos estos tapetes y cubre respaldos de los sillones, a ganchillo... ¿los ha hecho Vd. misma? Porque son muy bonitos. Ya me gustaría tener algo así en mi casa. Mi mujer, Amparo, no es tan primorosa como Vd., Benita".

Y casi, sin dejar acabar las alabanzas de Manolo, Benita se levantó de la silla y se dirigió al teléfono y marcó un número. Mientras sonaba y esperaba que alguien lo cogiera, Benita, guiñándole un ojo a Manolo, le dijo:

- "Espere, y ya verá: estoy llamando a mi cuñada Felisa, que es la que hace estas labores que tanto le han gustado y que las traiga para que las vea...".

- "No, Benita, no se moleste por mí, que era sólo un comentario sin importancia, y tenemos que concretar qué hacemos con la compra de la

colecc...", y Manolo no pudo acabar la frase porque Benita, comenzó a hablar por teléfono, con su cuñada.

- "Felisa, que soy Beni: que es que tengo aquí, en mi casa, a un señor muy amable, que está muy interesado en comprarte tus labores de ganchillo. Que las traigas todas en un momento y, ya, si eso, que él elija las que le gusten. Es para su mujer, que debe ser su cumpleaños o el aniversario de bodas..., no sé. Tú, ven, pero que tiene algo de prisa, que ya se iba. Vale". Colgó, y se dirigió a Manolo: "Descuide, que ya mismo está aquí y ya verá qué primores hace. Su señora va a quedar, encantada, se lo digo yo. No tardará nada, porque vive en Marimón de Campo, que sólo está a 10 kms. de aquí, pero que ha ido a buscar a su hijo, que la trae en un pis-pás. Mientras, Manolo, le voy a sacar un orujo que hacemos en casa, de chuparse los dedos. Un dedalín, para que lo pruebe, que tendrá luego que conducir, ya lo sé...".

- "Pero..., a qué se molesta, Benita, si yo sólo venía a que viera la colección, que sólo son 15€ y 20 volúmenes en símil-piel y papel couché; y de Can y Sopenjagüer, nada menos, dos cracks de la filosofía moderna, que es una oferta que no creo que la encuentre por ahí en condiciones similares, ni de lejos. Piense en sus nietos, cuando vengan en sus fiestas...", le dijo Manolo, un poco desesperado, porque Benita se le estaba yendo de entre las manos, como un escurridiza trucha.

Y en esto, la señora, sacó del armario del comedor, una copita baja y una botella.

- "Orujo, casero-casero..., sin nada de químicas como les ponen por ahí. Y con 50º de alcohol, pero natural. Con éste, aunque le hagan soplar, no da nada en el control ¿no ve que es todo natural? Si lo hacemos en el corral de casa, después de la vendimia, que nos juntamos todas las vecinas. Ande, beba..., que esto, resucita a los muertos", y le rellenó la copita hasta arriba.

- "Pero..., Benita..., ¿qué me dice de la colección? Si ya no es por el obsequio del Varón Dandy que incluimos a sus compradores, si es por Vd., para que encuentre esas respuestas que todos buscamos en la filsof...", no llegó a terminar de decir, Manolo, porque le puso la copita en la mano, y le ayudó a llevársela a la boca. Tragó todo el líquido y aunque le abrasó la garganta, reconoció que estaba bueno. "Muy bueno, señora Benita, muy bueno pero..., no, no, no..., no me ponga más, que tengo que conducir y no me ha contestado a lo de la colección. Bueno, ese poquito más... y vale, ¿eh?", rendido ante el calorcillo que le subía del viaje anterior. Y tras el primero, ya, el segundo, se lo bebió sin la ayuda de la anfitriona.

- "Bueno está el jodido, sí señora, a cada uno, lo suyo. Pero... ¿en qué estábamos? Ah, sí, lo de la colección ésta que es, el no va más...", y se

echó a reír él solo, por lo que tenía que decirle. "¿gué le estaba diciendo? Si no le importa..., una copita más, y vale ¿eh?, que tengo que conducir. Sí, que pues eso, que si se queda la colección o, no, que es en poli-piel o gomo se diga..., que será una mierda, y todo lo que Vd. guiera, pero que le adorna un güevo..., sseguro", afirmó Manolo sin controlar ya las someras técnicas de venta que el Sr. Martínez le había inculcado el día anterior.

- "Si a mí me parece bien la colección, que no tengo nada contra ella, pero que no, que sin mi Mariano, no me atrevo a tomar esta decisión, por muy bien de precio que esté. Todas las decisiones las hemos tomado los dos, toda la vida, y no me parece hacerle ese feo, porque mi Mariano esté ausente", le dijo la mujer con cara compungida.

- "Puegg nada, que lo esperamos, total, si tiene que venir su cuñada, que venga también el Sr. Mariano, y ya... ¡venga!, todos en familia, gue más da", y se reía Manolo de lo chocante de la situación, mientras el orujo le iba minando el control. En eso, se oyó un coche que estacionaba junto a la casa y Benita, dijo:

- "Mi cuñada. Ya le he dicho que en nada, estaría aquí", dijo la mujer.

- "Hola, Felisa. Mira, te presento a Manuel, bueno, Manolo, que es el señor que te he dicho que estaba interesado en tus labores. Es que ha venido porque quiere que le compre unos libros, pero hemos quedado que para otro día, que no hay prisa. Ya sabes que sin Mariano, yo no tomo ya ninguna decisión de compra. Y hace ya 10 años que se murió. Cómo pasa el tiempo ¿eh?". Y Manolo, puso cara de sorprendido al oír esa aclaración última, sin casi atender al "mucho gusto" de la recién llegada.

- "¿Y... entonces... el Varón Dandy..., para quién es?", preguntó Manolo.

- "Ah..., no se apure: se lo daré aquí, a Felisa, para su marido, mi hermano, que es de ir muy afeitado al huerto: es muy recto, para eso", contestó Benita, sin darle mayor importancia.

Y ya, sin más preámbulos, Felisa, puso sobre la mesa del comedor, el paquete de tapetes primorosos que traía colgando del antebrazo, y envueltos en papel de seda.

- "Mire, Sr. Manolo", le dijo, "los hay de todos los tamaños, de dibujos y de formas. Todos los hago a mano y con hilo de algodón. Bueno, su señora, enseguida notará que este chal, por ejemplo, le va a quedar de cine, y como es blanco (yo, es que soy muy del blanco), le combinará con todo. Éste, se lo queda, porque se va a quedar encantada. ¿Y qué más le pongo? Qué menos que este tapete para la mesa redonda del comedor, y estos cubre respaldos, también..., ¿verdad?", preguntado en un tono que no admitía un no, por respuesta. Manolo, entre el efecto narcotizante del

orujo y el asedio de las dos mujeres, no sabía cómo salir de esa encerrona. Al final, habló:

- "¿Y cuánto cuestan?", preguntó. Acababa de rendir la plaza, sin apenas resistencia. Confiaba sólo ya, en una huida improvisada, en el último instante.

- "Por ser para Vd., que es amigo de Benita..., se los dejaré todos éstos..., en 500€, precio que espero no lo comente con nadie, porque suelo pedir 700€", le dijo Felisa, en una voz baja de complicidad, y mirando para los lados, vigilando que nadie les oyese.

- "¡Ajá..., ahí te he pillado!", pensó Manolo, que le acababa de poner en bandeja, la puerta de salida.

- "Pues ya lo siento, ya, Felisa, porque bien a gusto se los compraba todos para mi Amparo, que todo se lo merece. Pero ¿sabe qué pasa...?: pues que he salido de casa deprisa y corriendo y apena he cogido dinero suelto, más que para tomar un café y esas cosas...", respiró confiado en que el asedio acababa ahí.

- "A ver..., ¿cuánto lleva en la cartera...?", le preguntó Benita, terciando entre las nulas ganas de comprar de Manolo, y las muchas de vender, de Felisa. Y sacando la cartera del bolsillo trasero del pantalón, la abrió y dijo:

- "Ya ve..., nada, escasamente 100€, que no me llega para todo lo que querría comprarle, Felisa. Ya le digo, lo justo para el café y si tengo que echar gasolina", defendiéndose como un gato panza arriba, nuestro hombre.

Benita, poniéndose de parte de la ilusión de Manolo por los tapetes, le agarró los dos billetes de 50€ y se los dio a su cuñada, guiñándole un ojo, al hombre, como compinchada con él: "Toma, Felisa, y confórmate de momento, que Manolo es amigo de los de toda la vida. Si acaso, en el próximo viaje que haga para ofrecer las enciclopedias ésas, que te traiga el resto. ¿No es así, Manolo?"

Manolo, viéndose avasallado, protestó: "Esto..., me parece a mí, un robo, la verdad".

- "Que no lo consideramos un robo..., que comprendemos que no nos puede Vd. pagar más, ahora. Que nos fiamos de su buena fe, tranquilo, que no somos para un día. Anda, que no va a tener Vd. más oportunidades de venir y pagarle lo que le debe a mi cuñada. Tire..., tire... ande, tómese otra copita de orujo que, es que lo hacemos nosotras, no sé si le lo había dicho ya"; y llenándole la copita hasta arriba, de nuevo, se la dio a beber. Y a Manolo, que se le había quedado mala

conciencia por haberlas tildado casi de ladronas..., se la bebió. Y el mundo, comenzó a orbitar en torno suyo.

Y envuelto en esa nebulosa del orujo casero-casero, comenzó a retirarse del campo de batalla, cargando con sus bagajes y toda aquella orfebrería primorosa de algodón, que le acababan casi de regalar. Enfocó la visión en túnel hacia la puerta de salida, dejó todo en el maletero de coche y se metió en él, como pudo. Y mientras encajaba el cinturón de seguridad, las veía medio borrosas, las dos en la puerta de la casa, sonriéndole y diciéndole adiós con sus manitas. Y Manolo, esbozando una sonrisa maliciosa, pensaba: "Sí, sí..., reíros, que si esperáis que vuelva para pagaros..., vais dadas..., tontalabas, que no sois más tontas..., porque no os entrenáis: los 400€ que faltan... ya los habéis visto, listas...", y se largó zumbando por aquélla calle, abajo.

Y Benita y Felisa, se miraron la una a la otra, al verlo arrancar el coche en plan Fitipaldi y, Benita, le dijo a su cuñada: "Pero... ¿has visto cómo va este hombre de cargadico? Si no pasan más cosas es, porque Dios no quiere. Ahora, tiene un accidente... y ¿qué? Que no se puede conducir en ese estado, Felisa, te lo digo yo. No deseo mal a nadie, pero se merecía que lo parara la Guardia Civil, y que le hicieran soplar..., fíjate lo que te digo".

- "A ver...", contestó su cuñada.

La hora conduciendo y la ventanilla abierta, hicieron que los efectos del alcohol, se hubiesen disipado cuando llegó a su casa. Subía feliz las escaleras, porque seguro que a Amparo, le iban a hacer mucha ilusión, aquellas obras de arte hechas a ganchillo, como las de antes.

- "¿Qué tal, Manolo..., cómo te han ido esas ventas...?", le dijo Amparo.

- "Bueno, este primer día, sólo ha sido, de tanteo. Pero mira..., mira qué te he comprado para ti, a una señora, cuñada de una clienta que he visitado", y sacó todo el muestrario que se había llevado de aquella casa. "¿A que son chulas?", dijo Manolo, buscando con su mirada, en la cara de Amparo, la aprobación de la compra.

- "¿Chulas...? Pero... ¿qué catetada es ésta, con tanto pavo real, tanta mariposa, y tantas rosas por todas partes? Y ¡hala...!, hasta carpas de río, ¡venga...!, que parece que el ganchillo lo haya hecho el Rodríguez de la Fuente, ése". Y Amparo, no salía de su asombro, mirando todos aquellos tapetes, chales y cubre sillones, que no sabría dónde ponerlos. "Manolo..., que te conozco y habrás pagado lo que te hayan pedido. Que es que no entiendes de estas cosas... ¿y a qué te metes a comprarlas? Díme la verdad... ¿cuánto has pagado por ellas?" y no paraba de mirarlas y

remirarlas por encima y por debajo.

- "¡Já!, pues que sepas, que valían 500€, pero les he dicho que no, que o 100€, o nada. Y me lo han dejado por 100€... ¿qué te parece?. Les he chuleado, 400€. A mí... ¿o, qué?", y se estiró el cuello de la camisa, que le apretaba más, cuanto más mentía para poder salir con bien de aquello porque, Amparo, era muy buena, pero tenía mala hostia.

Ella, miró a Manolo por encima de las gafas de ver de cerca, que era en sí mismo, un mal presagio, y le preguntó:

- "¿Y cómo se llamaba, la artesana ésa?" El retintín de "artesana", no le gustó a Manolo, ni un pelo.

- "Felisa"

- "Felisa... Peerrecé... ¿quizás? De apellido, me refiero", siguiendo con un tono que era como esas nubes negras del verano que flotan buscando dónde descargar.

- "Pues no sé, no se lo pregunté. Pero... ¿qué más da, el apellido?"

- "Pues porque todas llevan una etiqueta que pone: Cotton, 80%, Polyamide, 20%; y... Made-in-P.R.C. Nada..., un detalle sin importancia", terminó con ironía contenida.

- "Si te vas a fiar de lo que ponen en las etiquetas... La mitad, mentira. Lo que yo te diga", se escabulló como pudo, Manolo.

Y Amparo, recogió todo aquello y se lo metió para su cuarto, mientras se la oía rezar con rasmia, por el camino. Cerró la puerta tras de sí, miró todas esas labores que eran horrorosas, pensó en los 100€ que Manolo había pagado por ellas porque era un incauto, en las horas que tendría que limpiar ella en casas ajenas para recuperar ese dinero..., y se echó a llorar.

Cuando volvió al comedor, allí estaba Manolo con el plano de carreteras, ajeno a los devaneos de Amparo, buscando otra población con nuevas víctimas a las que atacar mañana, cogiéndolas desprevenidas. Lo de hoy, no contaba: ya se sabe que los inicios, no son fáciles.

- "Éste: Portalón del Espinar. Éste tiene buena pinta".

Amparo, antes de volverse a la cocina, se quedó mirando a su marido, allí sentado frente al mapa..., y le dio lástima. Se abrazó a él, por la espalda y le dio las gracias por su compra, diciéndole a continuación:

- "Venga, Manolo, mañana..., ya verás como irá mejor, ya. No se puede hacer todo, el primer día".

- "¿Tú, crees? Es que yo no sé si me veo en esto, la verdad", le dijo él dudando de si aquello tenía futuro.

- "Claro. Y si no, pues ya encontrarás otra cosa", le dijo ella apretándole con la mano en el hombro, para darle ánimo.

- "Yo..., lo que haga falta, ya lo sabes". Y se la quedó mirando, cuando se dirigía hacia la cocina. "Tendrá mala hostia, pero es muy buena", pensó.

F I N